

Lo último en las pantallas

**MARY G.
SANTA EULALIA**

El Cine es juez y fiscal del mundo moderno en cuatro películas: un sobresaliente film *negro* acusa a las mafias y a la corrupción, una ópera prima descubre la insensibilidad de los *yuppies*, con Richard Gere se desvelan intrigas criminales en China, John Sayles filma la extinción sistemática de campesinos americanos.

Otros estrenos se interesan por: viejas canciones (Alain Resnais). Geniales actores imprescindibles (John Hurt/Vanessa Redgrave).

Europa se defiende haciendo reír.

Empiezo esta crónica estampando "L.A. Confidential" en el primer renglón, porque puede considerarse la más refulgente estrella de la temporada. Sus alicientes son abundantes y de excelente linaje. Nutrida con la sofisticación y los ingredientes de un producto clásico de género negro: asesinato brutal, policías corruptos, atractiva prostituta implicada, periodismo chismoso y ramplón, denso clima de ocultos motivos, acción trepidante, ramificación de sucesos y coherencia entre ellos, la ciudad de Los Ángeles y los años "50", para el ambiente oportuno, así

CINE

como un cartel de actores (Guy Pearce, Russell Crowe, Kevin Spacey, Danny de Vito) de los que prestan la consecuente intensidad a sus respectivos papeles, especialmente a los de "duros". El manejo inteligente y equilibrado de ese material, consintió a su director, ya relevante por "La mano que mece la cuna", Curtis Hanson, ganar un Oscar por el guión y a Kim Basinger, la actriz, otro, por mejor secundaria. En resumen: una espléndida, luminosa

adaptación de una novela de James Ellroy, recreación de un estilo y de una época, donde se recoge el espíritu de grandes cineastas rememorados por los también grandes aficionados al cine, nostálgicos de creadores como Hawks y Fuller y de los actores que dejaron la impronta de "gangsters" para la eternidad cinematográfica. Aunque pudiera parecerlo, sin embargo, la obra no resucita gratuitamente antigüedades ni está románticamente envejecida. Solamente en la categoría se encuentra con el pasado, pues el tratamiento corresponde a la psicología de un presente indicativo indiscutible.

Un Yago de última generación

Otra actualísima producción la sigue en calidad y en novedad. Esta vez, de un recién llegado, Neil Labute. Procedente de USA, elogiada por la prensa especializada de aquel país, entre las películas independientes más destacables de 1997 y ya con cosecha de premios, se ha estrenado en España, "En Compañía de Hombres".

Un argumento ceñido con guión de hierro, unos diálogos perturbadores, sin desperdicio, y con una concisión tal que exige concentrarse, no parpadear, ni dejar escapar sílaba ni detalle hasta llegar al paroxismo escalofriante del desdichado Howard, que demanda perdón, mientras grita una y otra vez: "¡Escúchame!". Los intérpretes son pocos y desconocidos, pero

encarnan tan adecuadamente a sus personajes, que llegan a producir incomodidad. Los críticos españoles, con unanimidad poco común, han calificado de notable esta obra, escrita y dirigida por un dramaturgo licenciado por las Universidades de Brigham Young, Kansas y Nueva York, becado por el Royal Court Theatre de Londres, entre otros centros de estudios dramáticos, ahora debutante en las lides cinematográficas. Neil Labute bien puede equipararse a William Shakespeare, por la efectividad en la construcción de sus criaturas, el terreno inédito para un drama en que las inscribe y la verosimilitud de su ética y mentalidad de “yuppies”, manifestada después de un escrutinio severo y objetivo. Dominan la ordenada exposición de los hechos imágenes en su estado más descarnado, en un medio anónimo, con una oficina funcional, con el espacio estricto y los muros desnudos. A semejanza del autor inglés, en “Otelo”, los personajes de Labute se alían par ejecutar un plan vicioso a fin de perjudicar a una persona inocente, en “En Compañía de Hombres”. (Este título es ambiguo, traducido al español, porque la palabra “compañía” se usa, en el original, en su acepción de empresa o sociedad mercantil y el resto significa que está dirigida por frío, ambicioso, calculador, machista y nada escrupuloso personal masculino, deducido del contenido de la obra).

La diferencia de arranque entre “Otelo” y “En Compañía de

Hombres” radica en que en la primera, el propio incitador al engaño, Yago, reconoce que su propósito es “un engendro monstruoso del infierno” y lo descalifica, para conocimiento inmediato de la audiencia. Ya de entrada, Shakespeare hace saber quién es culpable y, a la postre, que es castigado, aunque no oculte ni el nefando acuerdo ni la magnitud del daño. Labute también muestra la dimensión del

delito, las fases de su realización, jornada a jornada, y sus dolorosas e incalculables consecuencias. Pero, más ladino, una vez que urde el enredo, se desentiende de sacar sus conclusiones. Le reserva al público la tarea de reunir las piezas y medir la astucia y la vileza del Yago de nuestro tiempo, sin denunciarle por adelantado (impecable, Aaron Eckhart) y bajo su control, la caída de sus víctimas: Christine (perfecta, en la chica burlada, Stacy Edwards); su amigo y jefe, Howard (excelente, en el doblemente engañado, Matt Malloy) y el interino (inmejorable, en el desconcertado empleado, Jason Dixie). Pocos tipos tan completos y actuales, y en ámbito tan vulgar e insípido, circulan por la pantalla en los últimos tiempos y tampoco hemos recibido un mazazo como el que nos asesta Labute en la secuencia final de su primera película.

Una filmación clandestina en China

Jon Avnet, que tuvo un acierto inesperado con sus “Tomates Verdes Fritos” (1991), su primer film, y luego produjo la comedieta “George en la Jungla”, dirige a Richard Gere en una aventura de mayores ambiciones y presupuesto, “Laberinto Rojo”, en parte, filmada en China clandestinamente. Fue así porque Richard Gere, su protagonista, que profesa budismo y participa en campañas a favor de la liberación del Tibet del dominio chino, está declarado persona “non grata” y las autoridades de

Pekín no le concederían el visado de entrada.

En términos de ficción, con un porcentaje mayor de película rodada en platós construidos en Estados Unidos y generada en combinación de escenarios reales y transparencias, además de efectos por ordenador, se estima como la primera cinta hecha hoy por un occidental en aquel gigantesco territorio (si nos olvidamos de la que realizó Antonioni por los años “70” y cuya proyección fue prohibida formalmente). La historia relata las peripecias en las que se ve envuelto un abogado estadounidense, Jack Moore, encargado de la venta de un sistema de televisión para China, en competencia con una firma alemana. A punto de cerrar el negocio, es acusado de asesinato, encarcelado y abandonado a su suerte por su equipo empresarial y por los mismos representantes oficiales de su país. Sólo puede contar consigo mismo y con la abogada de oficio que le adjudican, quien tarda en confiar en él y en su declaración de inocencia. Se desborda la fantasía del guionista, Robert King, en algunas secuencias, como la increíble y circense de Moore, corriendo y saltando sobre los tejados de las casas de Beijing hasta llegar a la embajada de USA. Por lo que pueda haber de auténticas localizaciones, y la convincente interpretación del amplio reparto, con nativos chinos en gran proporción, así como consideraciones respecto de las peculiaridades de las leyes y su aplicación y demás criticables diferencias con Occidente, puede

despertar cierta curiosidad, a la par que entretener.

CINE

John Sayles y el genocidio contemporáneo de indígenas americanos

El “Hombres Armados”, John Sayles, un cineasta estadounidense peculiar, testifica la autoría de genocidios perpetrados por fuerzas armadas (ejércitos y/o guerrillas) contra

habitantes de las aldeas, campesinos indefensos, marginados de la civilización, amedrentados por la pobreza y el hambre. Se situó en un lugar innominado, pero con señas suficientes para presumir que estamos en Centro o Suramérica. En el entorno de una clase media y alta, cómoda y complaciente, un influyente doctor, de improviso, quiere saber qué suerte han corrido los estudiantes preparados en sus clases para atender a las necesidades sanitarias de las zonas rurales. El itinerario, comenzado formalmente con interés, va llevando al profesor médico de la incredulidad al asombro y de éste a la protesta y la indignación. Ni uno sólo de sus alumnos graduados, que voluntariamente escogieron dedicar años de su vida a un programa de asistencia a los indígenas, tuvieron ocasión de volver a la ciudad. Su búsqueda cada vez se hace más difícil y toma el cariz de inútil, pero, una vez acometida, el doctor se empeña en no abandonarla. Durante la misma, se hace patente una realidad que él desconocía: la penuria generalizada en los campos, los atropellos de las gentes con armas, que no han respetado siquiera a los jóvenes médicos y persiguen, roban, violan y matan con total impunidad. En medio de tal desastre, los infelices nativos, aterrorizados hablan de huir a una ciudad escondida. Cerca del Cielo, que imaginan encaramada en la más alta montaña, pero que protege una maraña de bosques, donde se hace imposible el acceso de los soldados. Federico Luppi encarna, con gran dignidad,

distinguido y sereno, al doctor, portavoz de la denuncia que ilustra el film.

Resnais tararea canciones populares

El versátil y personalísimo Alain Resnais, documentalista en su iniciación al cine, y autor de una de las piezas más insólitas de la historia del mismo, por lo menos, del europeo, “El Año pasado en Marienbad”, donde nada era concreto ni reconocible, regresa después de una larga ausencia con otro experimento, “On Connait la Chanson”. La originalidad (para algunos, extravagancia) consiste en que incorpora canciones populares que entonan los actores inesperadamente, con razón o sin ella. Es decir, cuando oportunamente la letra tiene alguna relación con lo que se está refiriendo o porque combina puntualmente con el estado de ánimo del héroe o la heroína. Pero lo pintoresco del director francés es que la voz que hace escuchar, con el estribillo o la frase incompleta, no es la propia del actor o de la actriz que mueve los labios, sino la del cantante o la cantante que la diera a conocer en su momento. Tal como se recuerda. Lo cual, pensado de repente, se diría ridículo y, no obstante, es un acierto, pues de ese modo perdura, aparte del efecto cómico que causa. No se trata de una comedia musical, en absoluto. Resnais no se confiesa capacitado para ello. Únicamente introduce partes mínimas de canciones famosas, que forman parte del patrimonio sonoro, de la memoria pública, y de cada

persona en un determinado tiempo, desde hace 20 ó 30 años; quizá más. Hay que contar con ellas. Atento Resnais a este fenómeno, lo utiliza en una comedia sentimental, jugosa y jovial, álbum de retratos de hombres y mujeres de clase media, de hoy y de París o de cualquier otro lugar. Su director de fotografía, Renato Berta, le ayuda con la cámara a registrar la índole del pequeño círculo familiar, laboral y social de: Claude, Odile, Nicolás, Simón, Camille, Marc, Jane. A ratos, angustiados, a ratos, contentos; un

momento, ingratos y, luego, amables. Cambiantes y complejos, pero tratados con simpatía y ternura. Excepto para los profesionales de la Medicina, de quienes hace burlonas caracterizaciones.

Los actores que pueden salvar un film

Un tema sugestivo, un guión bien articulado, un director con visión ilusionada, un montador con sentido del ritmo, pueden convertir en hermosa una película. Otro tanto les cabe a los actores. Un par de ejemplos recientes valen para avalar este aserto. Uno es John Hurt y la otra es Vanesa Redgrave.

John Hurt, cuya presencia por sí sola llena cualquier pantalla, tiene en “Amor y Muerte en Long Island” un compañero aventajado en el joven Jason Priestley, de cuya comparación y contraste emergen unos datos que acentúan la explosiva diferencia entre hombres, del Viejo o del Nuevo Continente; culturas, Universitaria o de menor nivel; edades, madura o juvenil; oportunidades, conseguidas o en ciernes; aspiraciones, propias o ajenas; y sensualidades diversas. De todo eso se compone la película, en la que ciertamente Hurt basta para deslumbrar al espectador.

Otro regalo apreciable, por la quintaesencia de la interpretación, es “Mrs. Dalloway”, donde una Vanesa Redgrave, en la frontera de la tercera edad, se pasea, saluda, va de compras, impone y

atrae, dentro de un mundo de celuloide que la refleja ofreciendo un exquisito recital de buenas maneras. La realizadora británica, Marleen Gorris, le permite lucirse como aristocrática dama inglesa, cuya vida sentimental ha sacrificado en aras a un matrimonio de conveniencia. Gracias a la elección del pretendiente rico, en vez del apasionado, puede dedicarse a celebrar cenas elegantes con distinguidos comensales por invitados.

Los cines europeos de bajo presupuesto optan por hacer reír

Las productoras europeas, a falta de fondos suficientes para superproducciones, se las ingenian sacando a flote pequeñas películas, con equipos mínimos, pero muy motivados, que emplean a fondo su talento, para hacer reír.

“El Crimen Desorganizado”, es una versión irlandesa, actualizada, del género de “gangsters”, protagonizada por unos ejemplares no genuinos, improvisados a la fuerza y de pacotilla, cuyas atropelladas andanzas, de estricta ficción, están aderezadas por bastante humor negro y algún crimen. Producida entre amigos y dirigida por Paddy Breathnach, la comedia se beneficia de un ágil desarrollo, unos acertados “gags”, un diálogo desenvuelto, chispeante, del tono callejero de nuestros días y de unos personajes atípicos, encarnados por Brendan Gleeson y Peter

McDonald, cómicos ininterrumpidamente.

CINE

función de productor, guionista y director, dio en el blanco con ésta, su séptima cinta. Ejerce la profesión de cineasta desde 1980, en plan económico, con un grupo de amigos, y cree que todas las historias habidas y por haber pueden contarse en cualquier sitio, por eso emplaza su cámara en su misma ciudad natal. Piensa que todo el mundo lleva dentro grandes sueños. Él lo prueba, ocupándose de seres modestos que no carecen de proyectos, un tanto utópicos, pero que fortalecen su moral y les procuran el alimento espiritual necesario para vivir felices. Esto se transmite, como bocanada de aire fresco, por medio de su película, a pesar de su realismo.

En cuanto a “Marius y Jeannette”, comedia de buenos principios y mejores intenciones, conmovedora y partidaria de estimular el espíritu combativo de los y las ciudadanas de a pie, se debe al marsellés Robert Guédiguian, el gran descubrimiento de los últimos premios César quien, en la triple